

INTRODUCCIÓN

Aún no está claro, ni mucho menos es algo seguro, que los Estados Unidos —un país formado en gran medida por personas que han huido de enormes catástrofes, hambrunas, dictaduras y persecuciones—, los hombres y mujeres de esta nación, tan llena de esperanza y tolerancia, serán capaces de sentir esa misma empatía por los demás miembros marginados de nuestra especie.

ARIEL DORFMAN

Cuando llevaba siete años viviendo en Turquía, visité una población llamada Soma, donde un incendio en una mina de carbón había matado a 301 hombres dos meses antes. Soma está ubicada en el oeste de Turquía, ligeramente hacia el interior desde la ciudad costera de Esmirna, y para llegar hasta allí, mi amigo y yo cogimos un *ferry* desde Estambul hasta una localidad en la otra orilla del mar de Mármara y alquilamos un coche. Era Ramadán, y también verano, y los lugareños, la mayoría de ellos practicantes ayunando por la fiesta sagrada, se movían lentamente, como si estuviesen drogados. Nos paramos a comer *pide* de queso en unos bancos junto al mar y observamos los buques cisterna, tan grandes y amenazadores como montañas, deslizarse demasiado cerca de la costa. Mujeres con velo paseaban por la orilla, mientras sus hijos iban y venían hacia ellas haciendo piruetas, como bumeranes evitando el contacto con el suelo. Recordé cuánto me había sorprendido, recién mudada a aquel país, que alguien que llevase un velo en la cabeza quisiera ir a la playa. Por aquel entonces todo me sorprendía.

Turquía era un lugar agradable para conducir, con sus suaves carreteras flanqueadas por puestos de miel, tendere-

tes de aceite de oliva y muy tentadoras señales de granjas de cachorros Kangal. (Los Kangal, autóctonos de Turquía, son unos perros pastores que ahuyentan a los lobos, por lo que verlos en forma de cachorro inocente era como ver a un niño antes de una vida de trabajos forzados). Las autopistas turcas, y las fábricas y estaciones que predominaban en ellas, siempre tenían un extraño aire a la Costa Este de Estados Unidos. El país no era ni de lejos tan exótico como casi todo el mundo se lo imaginaba, ni siquiera Estambul; para mí ya no era en absoluto exótico. En ese entonces también me preguntaba si, tal vez, las carreteras del oeste de Anatolia me resultaban familiares porque los estadounidenses habían financiado con fondos del Plan Marshall gran parte de la reconstrucción de Turquía durante la posguerra, desde su vialidad hasta sus escuelas, pasando por sus bases militares. Mientras conducíamos, experimenté esa desconcertante sensación de *déjà vu* que a menudo sentía viajando por otros países, como si ya hubiese estado allí antes.

Nos dirigíamos a Soma a investigar para un artículo de una revista, pero la catástrofe me perturbó por motivos que iban más allá de la curiosidad periodística. Después del incendio, el primer ministro, Recep Tayyip Erdoğan, visitó Soma y muchos de sus habitantes manifestaron en las calles porque culpaban a su gobierno del deterioro de la mina. Uno de los hombres del primer ministro, vestido con un traje caro y oscuro, fue fotografiado pateando a un manifestante en el suelo. Recuerdo haber pensado: «El Gobierno da patadas a un ciudadano en un lugar donde acaban de morir 301 hombres y sus familias están de luto». El horror de Soma parecía estar relacionado de algún modo con la desintegración de todo el Oriente Próximo: los yihadistas cruzando Turquía para llegar a Siria, las noticias diarias sobre el terrorismo, la desaparición de las fronteras nacionales. La pregunta que

me hacía ya no era ¿cómo se fue todo a pique?, sino ¿cuándo comenzó todo?

En torno a aquella fecha, el año 2014, noté que tanto a mis amigos occidentales como a los turcos les había dado por debatir si la vida había mejorado o empeorado. El terrorismo, la crisis de los refugiados, la desigualdad económica y el cambio climático suscitaban estos debates, pero a veces la cuestión surgía en torno a temas más personales, como la decisión de tener hijos. «Antes, la gente tenía que preocuparse por la bomba», argumentaba una amiga, «hace cincuenta años era mucho peor». Pero a mí me daba la sensación de que ahora nuestros miedos se habían vuelto más personales, no temíamos la aniquilación colectiva, sino que nos despedazasen miembro a miembro. Ese mismo año, una amiga, fotógrafa, ofreció regalarme una impresión de su vasto archivo. En él había fotos de mujeres con vestidos estampados en vivos colores en Kenia, de tecas en Bután, de una pareja bailando en su boda en India... Había muchas deslumbrantes, el tipo de cosas que querrías colgar en la pared de tu casa. No obstante, yo elegí una cruda e incolora fotografía de cientos de diminutos refugiados sin rostro desparramados en el desierto, cruzando de Siria a Irak, porque en 2014, ¿qué otra foto se podía elegir? No era tiempo de bailes.

En Turquía, uno de esos países en ascenso y modernización, se suponía que la vida había mejorado. Para mí, el accidente de Soma —en el que quedó claro que la vida humana en Turquía se había devaluado de forma sustancial— fue el instante en que se derrumbó el mito del progreso. «¿Hay vida después de Soma?», *grafiteó* alguien en la acera frente a la ventana de mi apartamento. Igual que mi fotografía, la frase captaba el estado de ánimo. Fui a Soma porque, como todo el mundo, quería comprender cómo había ocurrido. Me interesaban todos los aspectos técnicos morbosos: el gas metano,

el modo en que ardía el carbón y las normas básicas de seguridad de las minas. Esperaba que los motivos fueran específicos de Turquía, de esa empresa y de esa mina de carbón. Tenía en mente una excavación científica y, en vez de eso, como comúnmente parecía suceder en los años que viví en el extranjero, la excavación con la que me acabé topando resultó ser histórica.

Cuando llegamos, Soma seguía inmersa en la tragedia. De los edificios colgaban carteles en los que se leía NUESTRO DOLOR ES INMENSO. El recepcionista del Linyit Otel nos miró con recelo, y frunció el ceño cuando le dijimos que éramos periodistas. A él, como a muchos comerciantes y empresarios de Soma, no le gustaba la llegada de los extranjeros, de los activistas forasteros ni de los sindicalistas radicales. «No se metan en esto», decía la gente; a nosotros, unos a otros. «No den problemas».

Mi acompañante, Caner (pronunciado Yaner), mi amigo más antiguo en Turquía, me facilitó muchísimo la estancia en Soma —no solo por ser hombre, sino por ser turco—. Caner era capaz de ver cosas de su país que yo no veía; muchas veces veía cosas del mundo que yo no. Después de escribir el artículo sobre Soma, por ejemplo, Caner me ayudó con la verificación de datos, algo con lo que esta revista —*The New York Times Magazine*— era especialmente rigurosa, a veces incluso demencial. (Una vez, un verificador de datos y yo pasamos media hora discutiendo la diferencia entre una sala de teatro y una sala de espectáculos). Caner bromeó con asombro sobre el celo del periodismo estadounidense y yo le expliqué que la obsesión no era solo por cuestiones legales, sino por mantener una especie de objetividad. En otras palabras, le dije la verdad. Se rio de mí: «Pero esa actitud respecto a vuestra objetividad es política en sí misma».

La calle principal de Soma se parecía a muchas otras localidades turcas [1]: cuidada y ordenada. Lechos de flores recién arreglados flanqueaban las calzadas, los monumentos conmemorativos de la Primera Guerra Mundial —el típico Atatürk de bronce— relucían como si les acabaran de sacar brillo, la gente fregaba la acera delante de sus tiendas. En las tardes de verano, los hombres, y a veces las mujeres, se reunían en una zona del jardín de té central; las mujeres y niños, y a veces los hombres, se juntaban en la sección llamada el salón familiar; todo el mundo pasaba las horas fumando y chismorreando hasta pasada la medianoche. Soma no era un lugar donde la gente frecuentase los bares, y rara vez salían a cenar, pero contaba con una lujosa cafetería de sillones grises afelpados y con un restaurante relativamente caro de una cadena llamada Köfteci Ramiz. En estas comunidades pobres no había dinero para gran cosa, más allá de los gastos domésticos, pero las familias turcas se apoyaban unas a otras instintivamente; un minero trabaja toda su vida solo para construirles una vivienda de dos habitaciones a cada uno de sus tres hijos. Yo era una mujer de treinta y seis años, soltera y sin hijos, que vivía a miles de kilómetros de su familia y hacía tiempo había adoptado los típicos ideales occidentales del individualismo. Pero a siete años de distancia de Nueva York, había llegado a la conclusión de que era la familia turca la que mantenía unida a Turquía, era lo más fuerte. Soma tenía una auténtica cualidad de típica localidad estadounidense, un cierto aire de conservadurismo y aversión a la provocación. En torno a la plaza principal se erigían atentos los vigilantes pilares de la comunidad: las mezquitas, las casas de té para hombres, las oficinas de la compañía minera, la policía, la sede del partido de gobierno —el AKP—, el ayuntamiento y, en el centro de todo, en un gran edificio de ventanas reflectantes negras, Türk-İş, el sindicato que representaba a los mineros del carbón de Soma.

Nos dirigimos hacia una angosta calle peatonal cubierta por parras que nos protegían del despiadado sol estival egeo. Un grupo de hombres se había reunido ante la sede de DİSK, un pequeño sindicato izquierdista fundado en los años sesenta —al que no pertenecía ni uno solo de los mineros— que había abierto sus puertas tras el desastre para informar a los mineros de sus derechos. Los representantes del sindicato nos ofrecieron sillas de plástico y té. En cuestión de minutos, varios hombres empezaron a sentarse a nuestro alrededor, como si mi visita hubiera sido planificada, cosa que no era así.

Algunos de estos hombres eran los propios mineros. Tenían la cara arrugada, el cuerpo esquelético —como si estuvieran desnutridos—, y mala dentadura. Podía saber cuáles mineros habían estado en la mina aquel día porque parpadeaban constantemente, como si no estuvieran seguros de por dónde les vendría el siguiente golpe. Turquía es un país en el que los hombres son más importantes que las mujeres; los hijos, más importantes que las hijas; los maridos, más importantes que las esposas. En Turquía los hombres eran los guerreros, los que habían liberado a la nación. De repente daba la impresión de que los hombres turcos habían sido derrotados, y si el Estado trataba de esta forma incluso a los hombres, pensé, entonces todo el mundo había sido despojado de lo que fuera que alguna vez los hubiera protegido frente a los elementos.

Un minero llamado Ahmet me narró lo que sucedió el 13 de mayo de 2014, el peor accidente industrial en los noventa años de historia de Turquía. Él y su esposa, Tuğba, vivían en una casa de piedra de tres habitaciones en una aldea de Soma llamada Kayrakaltı, enclavada en medio de cipreses, frescos arroyos y suaves colinas doradas. La mayoría de los 350 habitantes de Kayrakaltı solía cultivar el famoso tabaco oriental

turco, pero hacía unos quince años los pequeños agricultores empezaron a pasarlo mal, así que Ahmet empezó a trabajar como operador de una máquina rozadora en una mina llamada Eynez, propiedad de Soma Holding.

Cuando llegó al trabajo aquella mañana, Ahmet se cambió delante de su taquilla y se puso su abrigo y sus botas de minero forradas de hierro. Luego, él y setecientos hombres más iniciaron su descenso a la mina. «*Hadi! Hadi!*» (¡Vamos! ¡Vamos!), gritaban los supervisores, siempre con la vista puesta en la velocidad, en la producción. En el cambio de turno, se decían unos a otros «*geçmiş olsun*», (que te mejores pronto), o incluso «*hakkını helal et*», que es una forma que tienen los turcos de perdonarse mutuamente si temen que pueda ser la última oportunidad de hacerlo. La galería de Ahmet estaba en una de las partes más profundas de la mina, en donde se extraía el carbón con una rozadora gigantesca manejada por cuarenta hombres. Ahmet trabajó todo el día, hasta que, de repente, alrededor de las 15:10, la rozadora dejó de funcionar. Las cintas transportadoras de carbón dejaron de funcionar; la electricidad dejó de funcionar; todo dejó de funcionar. Había habido un apagón. Solo las luces en los cascos amarillos de los mineros brillaban en la oscuridad. Unos electricistas con máscaras de gas vinieron a decirles que había explotado un cable y se había iniciado un pequeño incendio. Los mineros de la galería de Ahmet supusieron que pasaría una media hora antes de que alguien les comunicase que ya era seguro salir.

Pasada la primera hora, empezaron a preocuparse. ¿Por qué nadie había ido a hablar con ellos? ¿Por qué tardaban tanto? Algunos hombres fueron a investigar lo que ocurría, pero no regresaron. En la mina no había refugios de seguridad para los mineros, así que lo que hicieron fue ponerse a rezar. Un humo negro estaba entrando en su galería desde

ambos extremos. Todos los mineros llevaban una máscara en su cinturón, pero pocos tenían fe en ella. Las máscaras eran viejas y tenían costras de polvo de carbón. Algunos se las pusieron y aspiraron suciedad. Algunas máscaras simplemente no funcionaban.

El humo empezó a quemarles la cara. Ahmet se sentía mareado. Algunos se arrodillaron en el suelo y metieron la cara en el barro, se lo restregaron en la piel, lo respiraron, se lo untaron en la boca. Se agacharon y tosieron, respirando el mugriento barro de las minas de carbón. Después echaron a correr, a correr a ninguna parte. Ahmet vio a Ibrahim, un ingeniero corpulento, sentado en el suelo, con la máscara de gas colgándole del cuello. Respiraba, pero le salía sangre de la nariz. Un hombre llamado Ali estaba sentado bajo una cinta transportadora estropeada. Estaba frío. Ahmet se dio cuenta de lo que estaba pasando: los mineros se estaban muriendo. No tenía más opción que ponerse su máscara e intentar escapar. Según pasaba, algunos de sus amigos se volvían hacia él, estirando los brazos, como si trataran de agarrarle la mano.

Cuando subió una escalera al segundo nivel, Ahmet vio cuerpos sobre una cinta transportadora, como si aquellos hombres hubieran pensado que tarde o temprano la cinta los sacaría de allí. Otros estaban tendidos en el suelo. Y cerca de ellos, también sobre el suelo de tierra, Ahmet vio decenas de ratas. Supo que estaban muertas porque se les veían los dientes, tenían las mandíbulas abiertas y rígidas. «Henos aquí», pensó, «la hermandad de ratas y hombres».

Ahmet sobrevivió, salió a trompicones de la mina hasta los faros del equipo de salvamento. Esta es la imagen que todo el país vio aquel día en televisión: miles de familias —padres, madres, esposas, niños, abuelas—, gendarmería, equipos de rescate de las ONG estatales, policías y socorristas apiñados en torno a las entradas de la mina. La gente gritaba, empu-

jaba, lloraba, exigía respuestas. Cada vez que un hombre salía vivo, tosiendo y con la cara negra, la multitud aplaudía. Cada vez que sacaban torpemente un cuerpo sobre una camilla, la gran muchedumbre se desgarraba y se apiñaba tambaleante, tratando de ver si reconocían lo que fuera: un corte de pelo, la curva de una ceja, el ángulo de una nariz.

Un hombre de sesenta y tantos llamado Tayfun, representante de DİSK, comenzó a relatar la historia de Soma. Casi todos los hombres habían sido agricultores de tabaco subvencionados por y al servicio de la compañía estatal Tekel, que fabricaba unos cigarrillos muy populares a nivel nacional. Durante décadas, Tekel mantuvo las plantaciones de tres millones de hombres y sus familias. Luego, unos cuarenta años atrás, el país abrió sus mercados a los productos extranjeros, entre ellos el tabaco. «Empezamos a ver por las calles esos Parliament suyos», dijo un minero con una sonrisita, mientras señalaba el Parliament que yo tenía en la mano.

En los 2000, por orden del FMI, y en línea con los valores de privatización de la época, el Gobierno de Erdoğan desmanteló Tekel, como a muchas otras compañías estatales. Los agricultores perdieron su protección, y también su empleo. «Ocurrió poco a poco, fue un proceso lento», dijo Tayfun. «Los agricultores tenían esperanzas. Probaron con los tomates. Probaron con los pepinos. Pero no bastaba. Así que los hijos de los agricultores fueron a las minas».

En Soma, como en muchos otros lugares, las minas estaban en manos de una empresa privada que vendía todo su carbón al Gobierno a un bajo precio. El Gobierno también era responsable de supervisar las condiciones de seguridad de las minas. Este sistema codependiente permitió que no se tomaran responsabilidades. A las empresas no les importaba mucho que los techos de las minas tuvieran soportes de

pésima calidad ni que los sensores de gas, que debían detectar el metano y el monóxido de carbono, no funcionasen. Los cables eléctricos eran viejos y estaban tendidos sin orden ni concierto. No había plan de evacuación ni protocolo de accidentes en caso de incendio.

Las condiciones laborales de los mineros también eran terribles. Sus jefes los castigaban con entusiasmo, los insultaban, les gritaban e incluso maldecían a sus madres y hermanas. Siempre las mismas palabras: *Hadi, hadi, hadi*. Vamos, vamos, vamos. Todo el día, *hadi, hadi, hadi*. Si un minero descansaba, las volvía a escuchar. Si algo iba mal, *hadi, hadi, hadi*, a trabajar. Los jefes hacían cualquier cosa para obtener el mayor rendimiento posible de los mineros, y la producción no se detenía por nada.

—Así que los dos primeros pilares de la tragedia fueron el Estado y la compañía —prosiguió Tayfun—, y el triángulo lo completó el sindicato.

Aquello me sobresaltó.

—¿El sindicato?

Otros hombres se inmiscuyeron exaltados.

—¡Seguro que ya saben que usted está aquí! —dijo uno.

—Tienen espías en todas partes. Si hablamos con usted, lo irán contando —dijo otro.

—¿A qué se refiere con «lo irán contando»? —pregunté—. ¿A quién se lo contarán?

—Se lo contarán al sindicato.

—¿No a la compañía?

—Son lo mismo.

El sindicato de mineros de las ventanas negras reflectantes, Türk-İş, jamás había abogado por mejores condiciones laborales, mejores salarios, ni tan siquiera por días de baja pagos para sus mineros. Los mineros estaban convencidos de que todos los habitantes de la ciudad estaban controlados

por el sindicato; es decir, por la compañía; es decir, por el Gobierno. Los hombres llamaban a esto el pulpo.

—¿Qué pasó para que el sindicato se convirtiera en esto?
—pregunté—. ¿Siempre fue cercano al Estado?

—Pues claro —contestó un hombre de nombre Aydın. Aydın tenía actitud de historiador—. Era un sindicato al estilo americano. Se fundó durante los primeros años de la República de Turquía —en los cincuenta— con la ayuda de Estados Unidos. En otras palabras —insinuó— la influencia estadounidense, y la propia historia laboral de Estados Unidos, había contribuido a crear un sindicato que no protegía a los trabajadores turcos y cuya negligencia había causado la muerte de 301 hombres.

Aydın me contó esto y, ese mismo día, más tarde, toda la historia de los trabajadores americanos y turcos, con un tono de absoluta objetividad. No se solía aludir a la influencia estadounidense con particular ponzoña o indignación, sino como un mero hecho histórico. La mayoría de los extranjeros no se mostraba susceptible al respecto. La única persona repentinamente susceptible era la estadounidense, yo, porque por supuesto para el estadounidense nada de esto era un simple hecho. A los estadounidenses nos sorprende la relación directa entre nuestro país y los otros, porque no reconocemos que Estados Unidos es un imperio; es imposible comprender una relación si no se es consciente de que existe. Aquellas semanas en Soma, me enteré de que Estados Unidos había gobernado el mundo durante y después de la Guerra Fría, y de cómo su política exterior había determinado el rumbo de la historia de Turquía y, a través de pequeñas cosas, contribuido a la tragedia de Soma. Pero de todas las cosas que descubrí aquellos días en esa humilde localidad turca, la más aterradora fue la resiliencia de mi propia inocencia.